

LAZOS VIQUIANOS

Giuseppe Patella



[Estudio bibliográfico y crítico de / A bibliographical and critical study of: Leonardo Amoroso, *Nastri vichiani*. Edizioni ETS, Pisa, 1997, pp. 126]

Al igual que para Vico los “lazos de la elocuencia” son aquellos discursos que en virtud de conexiones ingeniosas llegan juntos a ligar, como nudos, cosas distantes entre sí, del mismo modo los *Nastri vichiani* [*Lazos viquianos*], que dan título al último libro de Leonardo Amoroso, son estudios dedicados a la confrontación teórica del pensamiento de Vico con algunas de las más importantes figuras, distantes sólo en apariencia, de la tradición filosófica moderna y contemporánea. Lazos [cintas] por tanto que trenzan cada vez el pensamiento de Vico con el de Descartes, de Baumgarten, de Kant, de Heidegger, en los cuales se puede decir que emerge con claridad no sólo la extraordinaria riqueza de la reflexión viquiana, que se impone también en el cotejo con los grandes maestros de la filosofía, sino igualmente su decisiva actualidad en el moderno repensamiento filosófico de los temas del estatuto del saber y de la razón, de la verdad y del lenguaje. Medirse con el pensamiento viquiano, trenzar útiles lazos con él es, por tanto, hoy más que nunca, provechoso y obligado, desde el momento en que con ello es posible descubrir no polvorientas antiguallas o viejos arneses mohosos, como creen aún algunos, sino elaboradas estrategias críticas para el *repensamiento* de los problemas centrales de la filosofía contemporánea. Y quizás en esto consiste el mérito principal del libro de Amoroso: apostar por Vico y decir aún hoy la actualidad.

El primer “lazo” que coliga el pensamiento de Vico al de Descartes –pensador que aparece a menudo como polémico *alter ego* en toda la reflexión del filósofo partenopeo, desde el *De ratione* al *De antiquissima*, desde la *Vita* a la *Scienza nuova*– viene rastreado por Amoroso en el terreno específico del tema autobiográfico, de la autobiografía filosófica en particular, que a pesar de las aparentes distancias acerca a ambos pensadores en torno al vínculo de la construcción de una nueva subjetividad cognoscitiva. ¿En el fondo no es propiamente de eso de lo que se trata tanto en el cartesiano *Discours de la méthode*, donde no se narra más que acerca del largo viaje del sí mismo hacia el descubrimiento de la pureza del *cogito*, de un yo metafísico exento de prejuicios, cuanto en la *Vita di Giambattista Vico scritta da se medesimo*, que no es otra cosa que un camino personal e intelectual hacia el “descubrimiento” de un pensamiento unitario, síntesis de filosofía y filología, verdadero y cierto? A pesar de la diversidad de las estrategias, Vico y Descartes están aún más cerca de lo que Vico mismo hubiese creído.

En el terreno de la estética acaece a su vez el trenzado del segundo “lazo” que permite a Amoroso acercar Vico a Baumgarten. El nuevo horizonte cultural que las respectivas reflexiones retóricas y poé-

ticas indican, a través del nexo filosofía-retórica, es de hecho realmente el de la estética, como en su momento Benedetto Croce había ya intuido, aunque en la peculiaridad de su interpretación. Con los dos pensadores se abre un nuevo dominio cognoscitivo que comprende en sí las problemáticas de la sensibilidad, de la belleza, de la poesía, “bautizado” con el nombre nuevo de “estética” justamente por Baumgarten. También en las respectivas divergencias de preparación, es común a los dos pensadores la reivindicación del valor de verdad de la experiencia poética o estética, así como la atribución de dignidad filosófica y cognoscitiva a aquello que usualmente cae fuera de los rígidos confines de la *ratio* (individualidad, sensibilidad, belleza). En este sentido, escribe Amoroso, en su origen dieciochesco, la estética parece representar así “algo más profundo que el surgir de una disciplina ‘especial’ limitada al campo de las bellas artes: parece encarnar, más bien, la instacia de un pensamiento dirigido a la experiencia que recupera, aunque de forma nueva, la tradicional vocación ontológica de la filosofía, más allá de los límites del racionalismo (pero también del empirismo) moderno” (p. 70).

Y es sobre el rastro de esta visión de la estética como nueva “filosofía del sentido de la experiencia” donde se halla otro “lazo” explicitado por Amoroso: el que liga Vico a Kant a través de la tematización de la noción de “sentido” como “sentido común”. Aparentemente oculta, en ambos pensadores la idea de sentido común ocupa en cambio un papel central en la articulación del discurso, presentándose en síntesis como un “sentido de la experiencia” inseparable de la experiencia misma, un “sentido” que es tal porque puede ser atrapado sólo en cuanto se es ya de por siempre parte de la comunidad de los hombres. Expresión de la tradición cultural del humanismo, en el Vico de la *Scienza nuova* el sentido común es efectivamente el “criterio” mediante el cual los hombres “hacen” el propio mundo, o lo que es decir que ejerce de ideal regulativo en el *facere* histórico y concreto de los hombres. Distante, sin embargo, de esta tradición humanística, la recuperación kantiana del sentido común, que tiene lugar ya a un nivel trascendental, se mueve en cambio en la misma dirección viquiana, cuando en la definición del estatuto peculiar de los juicios estéticos en la tercera *Crítica*, el pensador alemán sostiene la hipótesis de la existencia de una especie de intersubjetividad trascendental, la cual no sería otra cosa que el ideal de una comunidad orgánica de hombres a la que cada hombre siente pertenecer cuando se encuentra enjuiciando sobre lo bello. Pero el sentido común no tiene un valor limitado sólo al ámbito de los juicios de gusto, según sostiene Amoroso, sino que vale para toda la experiencia, ya que en cada una de sus formas la experiencia necesita de un criterio estético-intersubjetivo de orientación. En Vico y en Kant, aunque en cada uno a su manera, eso mismo vale por tanto como una especie de “universal concreto”, que no es posible tomar de lleno si no es en cuanto perteneciente propiamente a la comunidad de los hombres.

Pero es probablemente en el último “lazo” confeccionado en el libro donde el discurso de Amoroso se hace particularmente “agudo”, quizá porque aquí Vico es confrontado con un pensador radical como Heidegger, en un contexto histórico y teórico bien distante de aquél viquiano, y sobre un terreno particularmente accidentado como es el de la metafísica y, sobre todo, en una tensión de convergencia entre los dos pensadores que se hace muy problemática y, sin embargo, en cuanto problemática también particularmente sugestiva. Ciertamente no faltan los puntos de contacto entre Vico y Heidegger (y el mérito de haberlos concretado y profundizado por primera vez se debe a Ernesto Grassi, que ha constituido así el nudo central de toda su reflexión), muchos son de hecho los temas comunes a los dos. Entre otros, Amoroso recuerda la crítica a Descartes y a su noción de verdad ligada a la certeza del *cogito*, contra la cual, en cambio, ambos retoman el antiguo vínculo de la verdad con el ser; la tematización también viquiana de la relación entre “ser” y “ser-ahí” [*Esserci - Dasein*]; las analogías entre la noción viquiana de “lucio” [*lucus*] como unión de luz y oscuridad y el pensamiento heideggeriano de la *Lichtung* y de la *aletheia* fundado sobre el nexo de ocultación y desvelamiento; la común insistencia sobre un pensar del origen, pero de un origen que para ambos no es en mayor parte entendido en sentido metafísico sino histórico, pensado además en el horizonte común del lenguaje, cuya esencia está –para ambos dos– individuada en la poesía.

Mas si estos son algunos de los puntos de convergencia entre los dos pensadores, quizás otros tantos sean los elementos que los distancian profundamente, ya que los contextos son abismalmente diversos, así como la impostación y los intentos de las respectivas reflexiones. Si Vico es el heredero de la tradición humanista, Heidegger refuta netamente esta tradición. Si Vico propone una especie de reforma de la noción onto-teológica de verdad, Heidegger subpone esta noción a una crítica radical. Pero Amoroso es bien consciente de esto: "Evidenciando estos elementos de afinidad –escribe–, no se quiere enteramente negar la diferencia fundamental ya señalada: si el intento de Heidegger es el de una 'superación' de la metafísica, el intento de Vico, en cambio, es el de una reforma suya en el sentido de una 'antropología'" (p. 117). Pero más allá de cualquier reclamo a analogías que pueden resultar extrínsecas, el verdadero punto de encuentro hacia el que las dos respectivas reflexiones parecen converger, según Amoroso puede ser encontrado en la tematización de la *centralidad del lenguaje*. Tanto en Vico como en Heidegger, efectivamente, el lenguaje es entendido como experiencia fundamental no reducible ni a mera teoría lingüística ni a pura cuestión de "bello estilo", sino que implica todo el pensamiento (y el pensador mismo) y asume una relevancia histórica y ontológica.

Con Vico y Heidegger podemos decir entonces que nos hallamos frente a dos pensamientos muy cercanos y al mismo tiempo muy alejados o que se atraen justamente en cuanto están entre ellos en oposición. Quizá se podría hacer valer aquí aquel principio heideggeriano por el cual los opuestos (el poetizar y el pensar) se encuentran en lo mismo sólo en la medida en que permanecen netamente en la diferencia de su esencia, y decir que, del mismo modo, en estos "lazos viquianos" solamente en la medida en que a los dos "intelectos" se les deja estar en la distancia que los separa podemos probar a descubrir la tensión que los acerca. Pero si es en virtud de la audacia de las conexiones que Vico define agudos los "lazos de elocuencia", puestos como señal de la tensión ingeniosa, no pueden estos *Nastri vichiani* de Amoroso no ser llamados agudos.

[Traducido del italiano por Jose M. Sevilla]

* * *

